

FRITZ STERN, EL MUNDO ALEMÁN DE EINSTEIN (1999), PAIDÓS, MADRID 2003

Pablo Huerga Melcón

IES Rosario de Acuña, Gijón

De entre los libros escritos a propósito de Einstein en los últimos tiempos, éste de Fritz Stern, hijo de Rudolf Stern, médico que fue de Chaim Weizmann, Isaiah Berlin, Fritz Haber, es un caso particular por todo lo que evoca, nada menos que “la promesa de una cultura”, como reza el subtítulo. Relato atomístico de diferentes personalidades y contextos de una época que respondió a la promesa de un Imperio naciente y fracasado, ahogado en su propia placenta y estrangulado por sus vecinos. El Imperio Alemán. Fritz Stern hace un interesantísimo ensayo sobre la vida de Fritz Haber, Albert Einstein, el ministro de exteriores alemán en la República de Weimar, Walter Rathenau, el famoso sionista Chaim Weizmann, Paul Ehrlich y el inconmensurable Max Planck. El repaso de una época en Alemania, la primera mitad del siglo XX, justo hasta el final de esa promesa afortunadamente incumplida, el Tercer Reich, y los inicios esperanzados basados en el despliegue de una irrefrenable creatividad científica y tecnológica. Stern subraya el hecho de que la promesa del nuevo Imperio estaba asentada en la palpable superioridad en el ámbito de las ciencias, la tecnología y la producción industrial que había lanzado a Alemania a la cabeza de Europa; el mismo principio que llevó precisamente a Inglaterra a la consolidación de su imperio depredador, auspiciado por la ideología aséptica del canciller Francis Bacon. Esta superioridad la pone de manifiesto el caso del prolífico y audaz Paul Ehrlich, inventor de la quimioterapia, y del Max Planck, uno de los más grandes científicos del siglo XX, y núcleo de esa “comunidad” por la que él tanto hizo, compuesta por científicos de varias generaciones, entre los que figura, como anuncia el título, Albert Einstein.

Pero esa superioridad, esa fuerza que conducía sin duda al nacimiento del nuevo hombre, de ese “hombre superior”, “übermensch”, venía lastrada por un contexto político y social absolutamente reaccionario, en la figura del Kaiser Guillermo y que representaba a un modelo de organización social de estilo medieval y muy elitista, lo que, si bien por un lado favoreció la educación superior que permitió la aparición de esas grandes figuras de la cultura, por otro lado, mantenía estructuras sociales nobiliarias y elitistas que arraigaban las diferencias de clases y hacían muy difíciles las relaciones sociales. Unas tensiones agravadas, en este caso, en el caso alemán, por la presencia profunda y crítica de una comunidad judía dividida, enfrentada, limitada en todos los aspectos, pujante en el ámbito cultural, económico e industrial, y muy conflictiva en lo ideológico, habida cuenta del antisemitismo oficial y asegurado en leyes discriminatorias ampliamente aceptadas por la sociedad alemana de la época.

Stern profundiza en la cuestión del antisemitismo alemán en uno de los ensayos que aborda la controversia Goldhagen, derivada de la publicación, en EEUU, del libro de Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, de 1995. Pero niega la tesis principal del libro de Goldhagen que atribuye al antisemitismo arraigado en la mentalidad alemana la verdadera causa del Holocausto, del cual habrían sido todos los alemanes, partícipes y cómplices. La apelación a esta tendencia como explicación del Holocausto lleva a Stern a considerarlo un libro no histórico, no tanto por afirmar esto, cuanto por negar el análisis del contexto histórico, aunque ello no suponga, admite Stern, justificar con ello lo ocurrido como algo inevitable.

El libro, pleno de referencias, dotado de exquisita erudición, cargado de datos de primera mano como corresponde a un actor de la época, cuando relata las experiencias vividas con su padre, cómo conoció a sí a Isaiah Berlin, o a Chaim Weizmann, es, ante todo, una evocación de la grandeza alemana, de la grandeza de un país, una nación que en el siglo XX hay que contemplar principalmente como un crisol de circunstancias, como un modelo para el análisis, y la reflexión, como un contexto determinante de las ciencias políticas. También es, cómo no, la añoranza de lo que pudo haber sido, cuando él mismo se sorprende de haber pensado muchas veces que el siglo XX podía haber sido “el siglo de Alemania”.

Inevitable es preguntarse, como español del siglo XXI, cómo es posible que después de todo lo que ha sido Alemania en el siglo XX, cómo puede ser una patria amada y venerada de un modo tan profundo y respetuoso, siendo además quien así la venera, un judío alemán, nacido en lo que hoy es territorio polaco, sin que quepa pues encontrar en él resquicios para la justificación, o la relativización de lo que allí ocurrió, sin que podamos llamarle, así, de pronto, un nazi nostálgico, o algo parecido. Alguien que por culpa de ese mismo monstruo lo perdió todo. Y nos preguntamos, qué tiene esa patria que no tenga la nuestra para que después de todo sea tan difícil encontrar aquí alguien que habiendo sido vencido y vilipendiado, sin pasarse al enemigo, sin reabrir las heridas, sino con la voluntad expresa de no abrirlas de nuevo, venerar a la patria, amar a España, contemplar críticamente su pasado y defender su papel sin dudas, sin confusiones, en la historia europea. Por qué aquí quien así habla de España necesariamente tiene que ser un facha, y por qué aquí para ser de izquierdas, necesariamente se tiene que estar por la labor de disolver el Estado, de renunciar a España.

Stern absolutamente nunca discute la cuestión de si Alemania es o no un estado nación, en el contexto de Europa. Es algo que se da por hecho, precisamente en gran medida, por ese contexto cultural común forjador de una identidad, que trasciende el nazismo, que él mismo describe magistralmente. Por ello, el hecho más trascendental de la historia del siglo XX lo cifra Stern en el proceso de reunificación alemana iniciado en 1989, un proceso que permitirá, esa es la esperanza, la recuperación de muchos de los grandes ideales que marcaron el fin del siglo XIX y la primera mitad del veinte, por lo que Alemania supo mantener, pese a sus aventuras, el respeto internacional.

España es una nación política, como lo es Alemania, hoy más que nunca, pues a pesar de los bárbaros que todavía añoran a Hitler, saben vivir entre turcos, judíos y otorgarles ciudadanía alemana. España acoge en su seno muchas naciones étnicas, autóctonas, o extrañas, y sin embargo, el nacionalismo centrífugo aprieta más que nunca, capaz de cualquier absurdo, traicionar a la patria, y engañar deliberadamente a la población. La unidad alemana de 1989, las guerras de Yugoslavia, la crisis de la comunidad europea, los resultados electorales contra la constitución europea en Francia, Holanda, el rechazo británico, son síntomas de la vigorosa salud del estado nación, el modelo más racional de convivencia política. Pero algunos políticos, orgullosos de su europeísmo, el de los telediarios, se mete a filósofo para pontificar que el estado nación no existe, que ha muerto. Cuál, el alemán, el francés, el ruso, el polaco. Tan ponzoñosa ha sido nuestra historia para que verdaderamente reneguemos de ella de manera tan radical. ¿Son los alemanes acaso, al fin y al cabo, enfermos mentales, capaces de hacer primero las mayores barbaridades, reconocer después sus errores, y aún así, pretender todavía sentirse orgullosos de su patria? Pongamos que Franco hubiera sido como Hitler, que no lo fue, y que los republicanos hubieran sido como los judíos centroeuropeos, que no lo fueron.

La añoranza de una nación como la alemana, sin prejuicios, pero con la conciencia de lo que no debe volver a ocurrir debería enseñarnos a los españoles también algo: que amar a la patria, añorar nuestros logros, pretender recuperar ahora, que tenemos la oportunidad, todo aquello que no pudimos salvar en su momento, no debe avergonzarnos, no debe hacernos caer en la eterna contienda, desenterrando culpas y muertos.

En todo caso, el fin de la Segunda Guerra Mundial significó la derrota de Alemania, no la derrota de una parte de Alemania nazifascista, y entre los derrotados, evidentemente no se encuentran los judíos alemanes, sino entre los vencedores. No hay manera de entender que en Alemania tuviera lugar de algún modo una guerra civil, el apoyo a Hitler fue suficientemente significativo como para que ninguna otra fuerza pudiera darle la réplica militar. Y sin embargo, la actitud del régimen con el pueblo alemán bien pudiera interpretarse como una suerte de guerra civil culminada con la victoria de Hitler. La muerte de Franco significó el fin del antiguo régimen, pero las heridas de la guerra no se cerraron. Nadie, desde entonces, ha podido hablar de España de manera tan franca y entregada como el judío Stern habla de Alemania. Y sin embargo, antes de la guerra civil también España fue una gran esperanza ¿acaso la guerra y el franquismo son suficientes como para que renunciemos a ella?